

El viejito del cementerio

Josefina de Diego

SONRÍE, COMO SI NADA. PASEA ENTRE LAS TUMBAS, LAS LIMPIA, LES QUITA EL polvo y las hojas secas. Le gusta conversar y los ojos se le iluminan cuando habla de Galicia. «España toda es muy linda», afirma, mientras retira unas flores, mustias ya de tanto sol. «Aquí hay muchos españoles», me comenta y no me atrevo a preguntarle si se refiere al cementerio o a la isla. «Sí», le respondo, «mi abuelo era asturiano y está aquí» y señalo con la cabeza hacia un lugar impreciso. El viejito parece entender, perfectamente, la ambigüedad de mi gesto. En un pestañazo me cuenta toda su vida. Vino a Cuba a los doce años y ya tiene ochenta. Nunca regresó a Galicia pero la visita todas las noches, en sueños. «Esta es mi casa», me dice con una sonrisa, y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

Le encargo que cuide las tumbas de mis abuelos y de mi padre. «No se preocupe», casi murmura y, con una agilidad extraña, se pierde entre los sepulcros.